

Juegos psicóticos

Fernando COLINA

Escribir vagamente sobre el psicótico, tal es el tentador propósito de lo que sigue. De modo aforístico, a resguardo de textos sapienciales y distante de la avidez bibliográfica de los reyes de Pérgamo, que dicen fue legendaria. El tratamiento del psicótico gravita en el trato con el técnico, y son las vicisitudes de esta relación el objeto de estudio. Lidar la psicosis es participar en los juegos psicóticos, en su esencia antinómica y paradójica; hacer juego es la faena del terapeuta: dejarse ver.

El trato discurre entre dos vértigos, uno la imposibilidad de establecer directrices concretas, fijando un marco estable de acceso e intervención, mientras que el otro escora hacia una permisibilidad donde todo vale y trapikea lo pernicioso por válido. Ese es el juego general.

La competencia ante el psicótico es de fácil apariencia, de complicada formulación y de difícil, si no imposible, adquisición. Desde lo obvio y espontáneo hasta la más pulida elaboración, el tránsito de uno a otro adquiere a menudo una aceleración desbordante. Si se compendia el círculo de opiniones, análisis, recomendaciones o estrategias que se han vertido sobre la aproximación al psicótico, pocas con-

ductas humanas quedan excluidas. Desde la fusión al comensalismo, pasando por el olvido o el vapuleo, todo está dicho.

El juego no habla de técnicas concretas sino de lo que le puede ocurrir al técnico habitando cualquiera de ellas.

JUEGO DE LA CONTRADICCION

El psicótico tiene la virtud, entre otras, de arrastrarnos cara a cara con la contradicción. En el psicótico la contradicción se exhibe en carne viva, lejos de su manifestación cotidiana a la que el hábito nos ha vuelto ciegos mostrando todo con la linealidad propia del horizonte. Pobres neuróticos quedamos deslumbrados ante la contradicción más intensa de lo existente. El psicótico con su abrupto discurso sobrecoje, revelándonos como que se pierden las riendas de lo contradictorio. En esa virtud del psicótico hay que medir buen o mal trato, nuestro éxito o nuestro fracaso.

Hay que sintonizar con el tratamiento de la contradicción por parte del paciente y, para ello, lo que hagamos y lo que nos haga nuestra propia con-

tradición es esencial. Este es el juego de los juegos. No hay que dejar de ser contradictorio; ser inconsecuente era la recomendación de F. FROMM-REIDMAN. Escribo la crónica de las sinrazones del terapeuta.

JUEGO DEL CONOCIMIENTO

El conocimiento que mostramos al psicótico de su propio padecimiento es un terreno privilegiado de la relación. La prudencia, y como siempre la astucia, serán las monedas más adquisitivas.

Sobre el técnico pesa una exigencia ética elemental: ser ambiciosos en el conocimiento del fenómeno psicótico, sacudirse el pesimismo y descombrar todo límite. Cuanto se sepa del hecho psicótico no hace sino enriquecernos y en esa ganancia favorecer la adecuación de la contratransferencia. Esta incluye toda la impedimenta teórica del terapeuta y, por ello, su acierto crece con la exactitud de su conocimiento sobre la locura. Pero si sobre la psicosis como acontecimiento general toda codicia cognoscitiva es poca, si es para emplearla, naturalmente, y no para escudarse tras ella, sobre el psicótico individual la moderación es la pauta y el desconocimiento la verdad.

El furor terapéutico de conocer al psicótico se inscribe, junto con el furor de curar y el de interpretar, en las tres ansias más perversas del técnico. El juego recomienda asentar un convencimiento, la imposibilidad de conocer al psicótico, y ello por una doble motivación: aceptar la real limitación que reclama su misterio y no acosar al psicótico con nuestro saber. Li-

mitar nuestro conocimiento es lentificarle, alejarle de toda clarividencia rápida, sin que ello conduzca ni a negar la intuición ni a ponerle coto fenomenológico: nuestro saber sobre el psicótico será humilde y reposado, pero nunca «incomprensible». El psicótico debe ser respetado con nuestra ignorancia, pues cualquier exceso sabiondo sabotea la relación, despierta sentimientos de omnipotencia o le conduce a sufrir de invasión y robo. El psicótico es coqueto con su intimidad y pronto puede sentirla franqueada, agudizando, tan permeable riesgo, su sentido ante el «enterado». La demostración de signo contrario, la pura o excesiva ignorancia, incrementa también su confusión y su distancia. El psicótico precisa que pensemos por él, necesita saberse comprendido y su pregunta: «¿me entiendes?» está siempre presente de modo más o menos explícito, como lo está, igualmente, su contundente acusación: «no entiendes nada». Ese es el juego.

El técnico no puede ser siempre inteligente, ni intentarlo tampoco. Su arte oscila entre la astucia de Prometeo y la estulta ingenuidad de Epimeteo. El terapeuta es intrínsecamente lelo, su arte siempre se está aprendiendo y como el tauromático de Pepe-Illo «no fuera él tan recomendable, si no tuviera esta cualidad brillante de infinito».

El psicótico, en definitiva, ya reprima, niegue, escinda o forcluya, queda circunscrito a la ignorancia como factor constante y, sin embargo, no es posible olvidar que es él quien sabe de su psicosis. Asediarle con nuestro conocimiento es acelerar el derrumbe de sus defensas y, por ello, la práctica interpretativa en la psicoterapia de las psicosis fue pronto cuestionada. Y

ese plácer a su ignorancia debe hacerse extensivo a muchas circunstancias acompañantes. Así debe respetarse, tras la superación de una crisis psicótica, el velo de represión o simple reserva que el psicótico corre sobre su experiencia. Aprovechar ese momento para en un sprint de euforia terapéutica pretender reelaborar o reconstruir el suceso, puede conducir a la repetición antes de tiempo. El terapeuta debe limitarse a insinuar esta investigación, correspondiendo al psicótico dictar sobre la oportunidad, profundidad y ritmo. Forzar al psicótico a esa revisión puede resultar tan impropio como el conocido dictamen freudiano sobre la inutilidad de abordar conflictos no actuales, y además de impropio puede ser grave.

La perversión cognoscitiva del terapeuta es, frecuentemente, inmoderada y no se expresa sólo con pretender conducir al psicótico hacia el saber, despreciando equivocadamente las posibilidades propias del sufriente, sino que puede conducir su intoxicación a pesquisas de carácter policial, que sin ser desdeñadas, su mal uso orienta al técnico a la caza del gesto revelador, datos nimios de fractura con la realidad o supuestos delirios enquistados, lo que si bien puede saciar al psiquiatra, le estigmatiza con una actitud que nunca pasará desapercibida ante la oculta lucidez del enfermo. Sabiduría de éste que, por otra parte, es difícil progresa fuera del ámbito de la transferencia; somos su ocasión.

JUEGO DE LA AUTOCURACION

No hay reglas, se insiste inveteradamente, que nos indiquen, ante la psi-

cosis, cuándo hay que ayudar a tomar conciencia, cuándo satisfacer una necesidad, cuándo indagar, alejarse o buscar proximidad. El único principio general que el juego valora es el winnicottiano respeto a la autocuración. Es la terapia baricéntrica: oír su música y... tocarla.

Del psicótico hay que reconocer su sublevante potencia, complejidad y requiriente inviolabilidad, para así circunscribir nuestra acción en los límites de su propia autocuración. Sólo su propia capacidad restitutiva puede orientar nuestros objetivos, siempre sin más rango que el de modoso catalizador. La resolución del psicótico es un autotratamiento, pero paradójicamente una autocuración que no puede llevar a cabo solo. Ese es el juego.

La catalización del técnico es tanto más eficaz cuanto más consiga conciliar técnica y espontánea libertad. Ese es el engranaje binominal de su formación. De la autocuración a la espontaneidad. La autocuración puede conminar a huir y nuestra espontaneidad a agredir. Ese es el juego.

JUEGO DE LO INCURABLE

Ese refrán que nos recuerda que «la locura no tiene cura y si cura poco dura», es el inevitable testimonio de una psicosis sin solución y, a la vez, de que por incurable hay que dejarla curar. Ese es el juego.

El estigma psicótico como condición humana es indeleble, y su estirpe castrativa irreversible. El sello de la psicosis va estampado profundamente en cada uno de nosotros, y sólo una diferencia clínica menor distingue unos de otros. El grado de modifica-

ción que el técnico es capaz de provocar en la psicosis de los otros tiene unos límites muy humildes, aunque, por el contrario, resultan desproporcionados sus recursos para agravar, ocultar y complicar. De ahí que el respeto y la subordinación hacia el potencial autocurativo del psicótico no arrastra ni pasividad ni fatalismo terapéutico, sino una buena dosis del real pesimismo que define el lema del técnico bajo la pancarta de no empeorar. No hay que curar, sino dejar curar lo incurable; tal es el destino del juego juguetón.

Necesitamos la vivencia pesimista del «no tiene cura», precisamos en ocasiones de su constatación para saber convivir con la invencible marea de la desgracia psicótica. El técnico, como en el mito de Er, necesita beber en el río de la Despreocupación, ese agua que no retiene ninguna vasija. El riesgo es la resaca fatalista que puede arrastrarnos hacia aguas turbias de resignación, que camuflan nuestra ignorancia, nuestro temor o, aún peor, la comodidad y la vagancia, enemigos mortales de la psicosis.

JUEGO DE AMOR

La incógnita sobre el amor al psicótico despierta dosis masivas de meditación. La evidencia acerca de que el psicótico es un enfermo de amor, extiende su claridad hasta transformar la actividad técnica en un problema de amor. ¿Cuál es el amor del terapeuta? Si sentenciamos que neutral nunca y abstinentes siempre, el saldo de lo dicho se aproxima a cero, y así tiende a prolongarse en todo suma y sigue. Porque al absurdo que supone decirle

a alguien cómo debe amar, se añade, si se aborda el amor al psicótico, el riesgo de no decir nada, saturándose hasta tal punto en matices y posibilidades suspensas, que la ataraxia final se adueña de la palabra. Nada nos es dado decir del amor al psicótico sin ser aprisionados por una muchedumbre de puntualizaciones que se empujan y embarullan por tomar plaza. Pero al psicótico hay que amarle aunque sólo fuera por ser la víctima excelsa y por antonomasia del mal de amor. Maltrato será el del técnico que no ame, e inútil si no se cuestiona hasta dónde debe dejar ir su amor, porque, ¿acaso se puede amar al psicótico sin ser pisoteado? Y suponiendo la respuesta afirmativa, se sufre otro atropello cuando se constata que el psicótico puede no mostrar ningún indicio de reciprocidad, y ni siquiera de simple recepción de nuestro amor. ¿Se puede amar en tales condiciones? Hay quien propugna sustituir amor por preocupación, con lo cual no sólo devaluamos nuestra acción sino que pasamos a tener entre las manos uno de los sentimientos que más disfraces absorbe. Casi se puede decir que ese sentimiento vive para ser manipulado, por lo que si hemos de mentir hagámoslo con grandeza.

Idéntico problema surge si el psicótico, puesto a amarnos, tanto en demasía como no, tropieza con nuestra frialdad.

El conflicto recuerda la tribulación de Aristóteles cuando se cuestionaba, desasosegado, si es posible amar a un esclavo. Es el desequilibrio, la asimetría del trato, lo que hermana estas dificultades. El psicótico si ama, o aquello que más se le parezca, lo hace conducido por la necesidad, mientras que el técnico no sale del círculo del de-

seo, y de salir se despeña en el acantilado de la psicosis.

Parece evidente, y en general aceptado, que en la terapia del psicótico resulta necesaria la participación activa, compartir, franquear cualitativamente la contratransferencia de las neurosis. Condenado a amar, el terapeuta participa de una perversión profesional cuyo objeto parcial se localiza en dos extremos, simular que se ama y amar a ciegas. Perversión por otra parte insalvable, característica de su personaje y cuyas consecuencias pueden hacerse graves si un discurso irrealista entre el humanismo y la entrega religiosa siembra en él.

No coincide esa perversión con esa otra condición del terapeuta que le obliga a estar algo loco, como capta el profano con lucidez no exenta de gozo, y acepta el técnico sensato. Es una perversión previa al carácter locuelo del profesional. El encuentro entre el psicótico y el psiquiatra, lo es entre un amor psicóticamente trabado y una perversión. Ese es el juego.

En virtud de esa perversión, quizá positiva y eficaz como muchas, no es ociosa la pregunta por el número de psicóticos que uno es capaz, simultáneamente, de tratar, cifra que no viene dada por el cansancio o el desinterés, sino por un problema de magnitud. El factor cuantitativo dicta su ley. El teorema de VALERY se enuncia así: «La cantidad de ternura a expresar y sentir en un día es limitada». FREUD, siempre dispuesto a dar la razón a los ejércitos fuertes, escribe así a María BONAPARTE: «Nosotros sabemos que los mecanismos de las psicosis no difieren esencialmente de las neurosis, pero no disponemos de la cantidad suficiente de energía para provocar modificaciones en ese mecanismo». Y

los hoy más optimistas, ¿de cuánta energía disponemos?

JUEGO DE LA PSICOSIS IDEAL

Es una perniciosa omisión impedir que el terapeuta tenga un criterio propio sobre la psicosis ideal. Sólo el ansia curativa es capaz de ensombrecer la realidad y enmascarar que en «no infrecuentes ocasiones» el mejor estado del psicótico es la psicosis. Reflexión, pues, que debe estar entre las herramientas del técnico y presente en el horizonte de posibilidades evolutivas del psicótico, pero no precisamente como fracaso, sino como espacio de éxito, de defensa «lograda». Y a esta posibilidad le debe, también, estrecha vigilancia para no degradarse en una tranquilizadora racionalización del terapeuta. Ese es el juego.

A veces el calamitoso carácter de las defensas psicóticas parece prohibir su calificación como defensa exitosa, tal como puede ser fácil ante el neurótico. Pero no habría que dejarse engañar por las apariencias, ni impedir que el estrépito de la locura nos impida hacernos los sordos.

El cariz de algunas defensas exige pausa, tiempo, prudencia, y más que nunca ponerse al paso del psicótico, sin precipitarse en el empuje por hacer desaparecer los síntomas, escuchando su protesta ante nuestra prisa por decapitar el delirio, desdibujar la alucinación o minar la soledad. Hay, a veces, que dejarse ir aún más y convertirse en cómplice de la necesaria psicosis del psicótico, favoreciendo el equilibrio, la habitabilidad y el rendimiento de los síntomas que le jalonan.

Participar en la psicosis sin alevosía ese es el juego.

Algún psicótico llega a preguntarse si la psicosis le ha sido beneficiosa, y el técnico debe promover el interrogante en todos los casos. Un psicótico me pregunta: «¿si un psicótico no es agresivo y se encuentra así mejor, para qué curarle?». «Existe la locura sin locura», añade no sin un aire interrogante ante lo que intenta legitimar. En el párrafo 270 de «Más allá del Bien y del Mal», dice NIETZSCHE: «Y a veces la locura es la máscara de un desdichado saber demasiado profundo. De lo cual se sigue que es propio de la humanidad superior observar una actitud reverente ante la máscara y rehuir una psicología y curiosidad fuera de lugar». Ante NIETZSCHE siempre es oportuno recordar aquellas palabras de CLAUDIO, rey de Dinamarca: «La locura de los grandes no debe quedar sin vigilancia».

Estamos ante la agonía de esa recomendación lapidaria y rebosante de prejuicios racionales que solicita aliarse con la parte buena del psicótico. No está claro que la parte buena sea la más yoica y racional, como suele definirla el psiquiatra, ni está claro que haya que aliarse con la parte buena y no con la mala, o al menos equitativamente con las dos. Y para fundamentar la duda, al ya difícil reconocimiento de cada parte, a veces simple proyección cosificadora de las ambivalencias del técnico, baste añadir que con tal política puede profundizarse la escisión del psicótico y encontrarnos colaborando con su ruptura. Pero el anhelo lúdico puede cuestionarse si no se encuentra ahí, dragando en la escisión, precisamente el apoyo definitivo a la psicosis ideal, en tanto se

favorece la próspera consolidación del síntoma. Ese es el juego.*

Toda psicosis puede considerarse beneficiosa ante un riesgo superior. Positiva desde el punto de vista negativo de lo que ha alcanzado a evitar: suicidio, autismo, incremento de la regresión... La pregunta por ese logro, aparte de estrictamente clínica es prioritariamente contratransferencial, siempre se contesta desde la orbital capacidad del terapeuta. Y cuando el suicidio es lo evitado uno se pregunta, siempre a contrapelo, por qué no se suicidan más los psicóticos, sospechando agazapados que el suicidio puede ser una solución; pero nadie es suficientemente libre para dar una respuesta afirmativa. Es posible que antes podría ser dicho que pensado convincentemente; hasta aquí llega nuestra dificultad.

El alivio del psicótico apunta hacia «las mejores condiciones psíquicas posibles», apreciación entre la sutileza y el eufemismo. La psicosis cabe como hipotético mejor posible. La mejoría esencial del psicótico no es del delirio u otros síntomas, es de su amor. Amor y síntomas tienden a excluirse, pero no siempre, siendo este caso la condición de existencia de la psicosis ideal. El amor es felicidad más libertad, y el delirio encuentra más facilidad para colaborar con la primera que con la segunda. La felicidad y libertad no se puede decir sean mayores en ausencia del delirio y la psicosis, a lo sumo puede decirse que son mayores cuando no se necesita el delirio, pudiendo suceder que éste sea necesario y, sin embargo, no se preste a aparecer y colaborar. En este caso se observa a un psicótico que no acaba de utilizar con acierto la psicosis para cimentar su identidad, encontrando su

último recurso en hacerse el loco; con cuanto gusto lo llevan a cabo muchos psicóticos, que en su intento pasan de lá locura a la extravagancia y asombran con una nota de frivolidad sobre el drama de su propia psicosis. El juego del psicótico no es inocente, la locura acredita la identidad de «al menos loco», dado que no puede llegar al autorretrato unamuniano de ser «único, eterno, insustituible e inclasificable», y en su búsqueda el psicótico puede mostrar una tosquedad trágica carente de todo schreberismo. Que el psicótico se haga el loco no es una fruslería histeroide, sino uno de sus derechos, aparte de un juego de buen pronóstico. Es un recurso del psicótico que en ocasiones ve con alarma que la psicosis se les esfuma cuando más la precisa, e intenta hablarla un rato más. Perder la psicosis es tornar al sufrimiento, a la depresión, al aburrimiento, quizá al suicidio. Ahí hay que jugar.

JUEGO DE LA NECESIDAD

Para el psicótico aún siéndole imprescindible, somos accesorios. Ese es el lugar donde jugará el terapeuta. A la vez que nos siente necesarios le importamos un bledo. Pero nuestra necesidad del psicótico no es menos contradictoria. ¿Qué necesidad tiene el técnico del paciente y de los pacientes a título genérico? Y si los precisa, ¿cómo asimilar el goteo permanente de objetos, sin que nos hiera su pérdida y se debilite nuestra acción? ¿Cómo hacemos el duelo del psicótico?: Con justificaciones, alegando una superior necesidad, consolándonos con su libertad, sintiendo el alivio de una angustia que se aleja, reprochándo-

nos la torpeza constante, refugiándonos en el determinismo, exorbitando el estudio, oscilando ante los nuevos casos entre la cautela y el denuedo vocacional, adoptando una estirada espontaneidad. Es nuestra depresión que también entra en juego.

A la necesidad de los psicóticos para el terapeuta hay que añadirle la forzosa existencia de las psicosis como fenómeno humano. Y esa condición profunda también juega en el engranaje final del técnico. «Todo conspira», es la cita de HIPÓCRATES en la que se recreaba LEIBNIZ, y ahora se evidencia en esa sublevación universal, que hasta los locos son imprescindibles. El psicótico es el hombre primero, los otros el segundo. Debemos mucho al hombre primero, al medio hombre. El psicótico es un residuo del fracaso, un testigo de nuestro esfuerzo y nuestro peligro. Lo que la existencia de la psicosis nos revela es que el amor merece la pena. Y ese convencimiento juega con el único naípe que no admite trasteo ni farolada. La psicosis es la condición inhumana, que nos funda, y en ese dramático desgarro nos aparta de la animalidad; SCHOPENHAUER escribió que «los animales jamás se vuelven locos: únicamente los carniceros están expuestos a la rabia y los herbívoros a una especie de furor».

Quedamos definitivamente en deuda con el psicótico, y cuando ésta se desentumece da origen a alguno de los excesos que cabe cometer con el psicótico.

JUEGOS PELIGROSOS

La compasión, la ternura, la gratitud, ese es el triángulo mortífero del

terapeuta. Juegos peligrosos. Momento de la tentación narcisista. Responder a la agresión psicótica ya sea con tolerancia, ya sea con sus mismas armas, puede ser una elección falsa, pero el error no será ni tan descomunal ni tan incómodo como puede resultar ante el aparataje de los afectos positivos, donde el riesgo del técnico se agiganta ante los tres satanes: compasión, ternura, gratitud.

JUEGO DE LA INVERSION

El juego de la inversión es una de las habilidades prestidigitadoras del psicótico. Nadie llega tan lejos como él en hacer de la necesidad virtud. Sólo él es capaz de transformar la persecución, la intencionalidad, el perjuicio, en una impresión de beneficio final, donde el persecutor intenta en última instancia ayudarlo. Claro correlato de que el interés del síntoma, del delirio, es siempre recuperar al otro.

Hasta tal punto invierte que inerte ante la desidentificación aún es capaz de transformar este fracaso en recurso, y con la defensa del calamar ir borrando las líneas de su perfil para conservar, en la dispersión, una volátil integridad; o consigue construir una escollera con sus propios residuos, donde aún puede refugiarse un último rescaldo de sí mismo. No hay que menospreciar al psicótico, siempre capaz de ver lo que hay al otro lado de las cosas, y reservarse una última aptitud para ordenar: ¡Media vuelta y adelante!

Al técnico le corresponde seguir el juego sin invertirse, y cuidarse en el respeto a la ley: «Natura non facit saltum».

JUEGO DE LA AUSENCIA

La ausencia es otro juego. Omnipresente experiencia del psicótico trasladada allí donde vaya como su sombra, y hasta tal punto ha sufrido de ella que la ha mudado, por el juego de la inversión, en un bártulo necesario. De ahí que el ingenuo técnico que trata de jugar con ella y razona que frente a la ausencia nada mejor que presencia, ese pierde. La función de presencia, tan recomendada al terapeuta, se convierte pronto en un asunto de dosis y de distancia. El psicótico a solas con su sombra de ausencia pierde el equilibrio y se desfigura, pero la compañía del técnico puede convertir a éste en un ladrón de pensamientos, si su presencia oculta la luz delirante con la que el psicótico proyecta la sombra que le orienta y reconoce. Ese es el juego de la ausencia y su sombra, el del técnico capaz de sustraer luz sin llegar a robarla.

JUEGO DEL DESLENGUADO

Se oye decir que el psicótico es el humano que menos habla, a lo sumo dice. Pero hay un momento que el psicótico usa de una excesiva libertad con la palabra, de una emancipación tan dislocada que le esclaviza y ata; deleite que nosotros nos permitimos menos.

El psicótico, intentando forjar un espacio donde pueda decir lo que quiere, se encuentra diciendo lo que dicen todos los psicóticos; pero no hay que deducir de la coincidencia una esclavitud ausente en los «diferentes al psicótico», pues también es-

tos coinciden en decir lo mismo, lo propio del no psicótico. Lo específico de la esclavitud del psicótico es algo más profundo, caracterizado por ser lo último que el psicótico es capaz de decir. El delirio es la ULTIMA CREACION del psicótico, la palabra final, que resulta de calibre tal que basta para hacer del psicótico un deslenguado al que el técnico puede empeñarse en hacer callar.

Se escucha que nadie es más sensible a la palabra que el psicótico, algunas le resultan supergrávidas, explosivas, hipersemánticas, hasta el punto que a veces sólo él tolera pronunciarlas. O la palabra puede quedar vacía y sólo usa su vehículo no para conocer, sino como suave contacto, como epidérmicas palabras. Si bien nuestro silencio le puede fragmentar, cualquiera de nuestras palabras le puede acarrear confusión si no hemiplejía mental. La palabra justa y adecuada es la que queda si se descartan todas las demás, la que se dice desde la desesperanzada dificultad. El valor de la palabra se adquiere en ese esfuerzo.

JUEGO DEL FAVORITO

Se constata con frecuencia que en la demanda del psicótico ante el terapeuta, en su petición de amor, se formula la petición de ser el primero entre los amados, y si renuncia a competir con los protagonistas de la vida privada del técnico, conserva el deseo de ser el primero entre los pacientes. Pero desde el otro campo, ¿cuántas veces no hemos oído decir o hemos dicho de un enfermo: «es mi loco preferido»? Esto viene a demostrar que lo que está en juego es el amor, fuerza jerarquizadora por antonomasia.

JUEGO DE LA PACIENCIA

El juego de la paciencia es un derivado de la escéptica tenacidad del terapeuta. El paciente SEARLES describe un caso tratado durante 18 años a razón de cuatro sesiones semanales: 3.500 sesiones; y no constata ningún saldo positivo. ¿Hasta cuándo hay que sofrenar la impaciencia? ¿Hay que hacerse encerrar en la habitación con el psicótico para que no se escape, como llegaba a hacer SEARLES en esa misma ocasión?

Pero el impaciente nada puede esperar del psicótico y a su exasperación se le debe recomendar una gimnasia de comedimiento con 3.501 sesiones.

JUEGO DE LA CREDULIDAD

Con el delirante hay que empezar por ser crédulo. Ese juego se opone a la investigación tradicional del delirio, al estudio y compendio que culmina en la actitud de zoólogo que va describiendo y catalogando especies. Esa labor ya está hecha y la hizo quien hubo de hacerla. Recoger el delirio, historizarle y limitar supuestos núcleos enquistados, esa ha sido la labor del psiquiatra-zoólogo, aquel que no retiene su curiosidad y que no cree en el delirante y sí demasiado en el delirio. ¡Seamos crédulos! Creer en la alucinación es volverse tan delirante como el propio alucinado: palabra de H. EY.

JUEGO DEL TEMPLE

Hasta dónde cabe recomendarle templanza al terapeuta cuando es sometido a una serie de vertiginosos despropósitos como destruirle, fusionarle, escindirle, devorarlo, defecarlo,

paralizarle u obligarle a actuar. El psicótico en su aparente inmovilidad hace más visajes que el mítico torcecuello, y ante tan hormigueante movilidad el técnico debe jugar el inconjugable verbo de la firmevulnerabilidad. Es necesario mostrarse vulnerable y no omnipotente, pero hasta dónde y cuándo, pues también hay que mostrarse seguro y firme. No basta con aparecer vulnerable sino que hay que serlo, y no sólo serlo, que lo somos todos, sino estarlo, mostrar la propia debilidad sin cerrarse o defenderse desproporcionadamente ante ella.

¿Cómo cabe mostrarse variable a la vez que inmóvil, respondiendo a un rosario de alternancias y escisiones, sin crear malestar y confusión? Cualquiera mal paso en el trato siempre acarrea el consabido percance: confusión, invasión, agrietamiento y todo el cortejo del sujeto desjarretado.

Puede resultar imposible no confundir, quizá, la misión del técnico, sea esa para dar ocasión a una reordenación posterior para esta vez con la novedad de suceder acompañado. Ese es el juego. La presencia del terapeuta en los momentos resolutivos parece más importante que todo fiasco disolutivo desencadenado por él mismo. No es sólo el psicótico quien destruye y caotiza, ni es el único sujeto reparativo. El técnico es, por definición, un manazas que todo lo desbarata y que acostumbra a jugar con ventaja, y por eso su provecho hay que buscarle en el remiendo de los jirones que causa.

JUEGO DE LA ENMIENDA

Si en el juego anterior insistía en el inevitable error del terapeuta, en la

cascada de errores que define su actividad, es porque, a la vez, en el trato con el psicótico es más fácil enmendar. Pero también se constata cómo ante ciertos errores el daño irreversible fragua y el técnico queda descartado. El problema de la enmienda reside en saber qué error es el que no puede cometerse.

El león salta varias veces y no sólo una como en la sentencia freudiana. El psicótico es la persona más capaz de excusar los errores del psiquiatra. Pero esa benevolencia sólo se obtiene si el psiquiatra imbuje su error de autocrítica. El error así asistido es aceptado e integrado. El error precisa el remordimiento de la autocrítica y ésta, desgraciadamente, no es un invitado frecuente, pues o bien se ausenta sin excusa, o se presenta atildada de vacuo criticismo o en el peor de los casos de envilecedora culpa. Quizá el error terapéutico que el psicótico no encaja es precisamente aquél que el terapeuta no admite. Ese el fundamento del juego de la enmienda, pero no acaba aquí. A veces el psicótico incluye en sus intrínsecas necesidades el cambio de terapeuta, como si éste fuera la encarnación del error y la nueva figura técnica el único redentor posible. A través de una gama de motivaciones que van desde la circulación permanente de todos los objetos hasta la victoria final sobre el técnico, cuya incapacidad debe quedar rubicada con su desaparición, el resultado es el fracaso consustancial del terapeuta ya decidido desde su primera intervención. El fenómeno puede resultar frívolamente tranquilizador pero también ocasión de una responsable decisión que pone a prueba el narcisismo del terapeuta y demuestra que constatar la propia incapacidad y tras-

pasar el enfermo a otro técnico no es algo simple y natural, sino un logro, una adquisición formativa, ejemplificadora, además, de una enmienda final.

JUEGO DEL SUPERTECNICO

El psicótico engatusa como todo narcisismo y le añade la seducción del filósofo. En tanto que psicótico es un

metafísico permanentemente cuestionado por el ser, y cuya vida gira en torno a las preguntas fundamentales en su expresión más descarnada y cruel.

Al psicótico no sólo hay que sacarle del manicomio, sino rescatarle del espacio cerrado de la locura para situarle donde le corresponde, es decir, en la Vida y la Filosofía. Es el juego del super técnico, su ambición y el penúltimo intento de trucar los dados.